

EL MEJOR ASESINO

Su rostro se ensombrecía gracias a una sonrisa no menos que grotesca, mientras limpiaba del cuchillo la sangre de su víctima número doscientos noventa y nueve, a tan solo una de superar al señor Shipman. Una obra de arte más.

Finalmente, luego de tres años en búsqueda de su sueño, su meta, por fin estaba cerca de las trescientas obras de arte culminadas. Solo faltaba una más.

Aún con los guantes puestos y el cuchillo ya guardado, arrastró el cuerpo de la inerte pelirroja hasta el repugnante y maloliente baño. La dejó allí retorcida, bañada en su propia sangre, y cerró la puerta tras si.

Siempre, durante y después de la creación de sus obras, en su memoria danzaban las imágenes de quienes le inspiraban a otorgarle a su Arte, una correspondida y merecedora deidad, un modelo ejemplar de admiración. No como lo era Anatoli Onoprienko, una vergüenza para todo lo que representaba el fino arte de matar. No podía dejar escapar de sus efímeras evocaciones a aquel ruso que se jactaba de haber asesinado a cincuenta y dos personas, autodenominándose el mayor, el mejor asesino del mundo. Cuando en realidad, solo era comparable con una pobre y patética actuación, en el magno teatro.

¿Era Onoprienko el mejor representante de su Arte? ¡Jamás!... ¡Y no permitiría que ese pelele egocéntrico opacara de esa manera lo maravilloso de jugar con la vida, jamás!

Continuando su ritual: la revisión, en medio de aquel cuarto sucio y poco espacioso, se acercó a la cama matrimonial donde yacía el muchacho que acababa de bañar en rojo, a quién cubrió con las sábanas salpicadas de fluidos de todo tipo.

A pesar de ser aquel ruso un personaje importante en la historial criminal (¿como podían considerar su arte un crimen?), en su mente no brillaba más que la figura del, como nadie, Doctor Muerte, verdadero exponente del oficio: señor Harold Shipman. Y es que es digno “respetar” a quién logró terminar doscientas noventa y nueve obras, doscientas noventa y nueve muertes según muchos reportes. Él era admirable.

Pero, aunque buen representante del arte, era, poco digno. Después de todo, un doctor que mataba a seniles mujeres en su lecho de muerte dándole exceso de medicamentos, era una forma muy nimia, tal vez banal de cometer tal acto sublime. Sino algo cobarde.

Aunque interrumpido por los motivos que su memoria traía inconscientemente al momento justificando su arte, lograba rápidamente centrarse y así repasaba mentalmente y en calma. No había dejado huella alguna gracias a sus guantes, ni cabellos debido a su calvicie y dermis lampiña, saliva en lo absoluto pues cuidaba bien este detalle y por supuesto nunca encontrarían semen, ¡No era un sádico violador!, él, él era un artista.

Sonrió de nuevo, contemplando la obra acabada, su penúltima. Pronto dejaría en alto el hermoso, complejo y delicado arte de acabar con una vida.

Su historial era esplendido, espectacular, variado e inigualable. Su arte fue sustentado en hombres, mujeres, ancianos, niños, prostitutas, amas de casa, ricos, pobres, vagabundos, taxistas, parejas, gemelos, asiáticos... y en lugares que variaban desde el motel como en el que se encontraba, hasta casas de familia, plazas, automóviles, discotecas, callejones, bares...

Era todo un profesional, para lo cual estudió en montón. Revisó obras, analizó reconocidos artistas (los cuales, para él, no representaban el título), comparó víctimas,

situaciones, errores, casos no resueltos. Se convirtió en un experto; tomaba excesiva precaución evitando dejar rastros o pistas. Pocas confrontaciones, nada de peleas ni riñas, un corte rápido, algo de cianuro, una inyección letal, un disparo fugaz. Nunca seguiría un patrón, pues, de hacerlo cometería un grave error, idearían un perfil y le seguirían la pista esas personas que no valoraban ni comprendían su arte, podrían impedir su triunfo.

La ciudad, el estado y el país estaban anonadados desde hace tres años, sorprendidos por todas las obras que había creado, conmocionándolos por lo irreverente y constante, intimidados por “El Verdugo”, como le había llamado la ausencia de creatividad reinante en los medios y autoridades para matar a un artista como él. El Verdugo era el creador constante de aquellas obras y quien las firmaba con su ya particular equis.

¡La equis!, faltaba la equis en la pelirroja que acababa de matar. La emoción por estar a tan solo una persona de su meta seguramente le habría hecho olvidar, por poco, identificar su obra fina.

Fue corriendo, abrió de nuevo la puerta del sucio baño y sacó su navaja, para, en el tobillo izquierdo, crear una simple equis que pronto se cubrió de sangre oscura y espesa. Firmó con La Equis.

Rápidamente guardó la pequeña navaja, y mientras salía del baño, un fuerte golpe provino de la entrada al cuarto, era un llamado enérgico a la puerta principal de la habitación.

¡Quién demonios molestaba esas horas de la noche en la habitación de un motel! Unos estúpidos que se equivocaron de cuarto seguramente, o el servicio de habitación en busca de sus erróneos solicitantes... Sonrió. Podría ser algo mucho mejor: su último lienzo.

La trescientas. Su obra número trescientas sería el clímax. Se convertiría en el asesino más grande de todo el mundo, acabando con el record del señor Shipman y lográndolo con más estilo y fama, de una manera verdaderamente estética y artística. La perfección presente. ¡Por fin, pronto, el arte tendría su máximo y mejor exponente!, El Verdugo.

- ¡Abra!... ¡Es la policía!

¿Qué?, ¡maldición!, ¡mil veces maldición!... ¿Qué coño había pasado? Su mano comenzó a temblar de coraje, frustración, de furia. Sus ojos se tornaron rojizos, sangre en su mirada hacía brotar su cólera. ¡Como lo habían conseguido los desgraciados!, ¿Qué error había cometido? ¡Ninguno, no cometía errores! ¡Nunca!

- ¡Sabemos que está allí, no tiene escapatoria! - gritó una voz deformada por chillidos estáticos, proveniente como de un vacío infinito.

Sus manos seguían temblando. Miró a todos lados con visión detallista en busca de una salida, una solución. Ventanas alumbradas de rojo y azul, de la puerta brotaban sombras que se distorsionaban a través de sus aberturas. Se alejó, caminando de espaldas, lo más lejos posible de la puerta que se abriría en cualquier momento. Chocó su cuerpo con la fría pared de la habitación. No tenía escapatoria. Tenía que acabar su obra.

La luz entró por la puerta cegándolo de inmediato. Nadie entró.

Los oficiales protegidos hasta los dientes esperaron fuera, impactados por ver finalmente el rostro del asesino que había hecho de sus oficios toda una compleja pesadilla sin aparente final. Tenían al frente una habitación con su suelo manchado de sangre y justo encima del inmenso charco rojo, un hombre, el criminal, el artista, que los miraba ido de la realidad mientras empuñaba un cuchillo increíblemente brillante.

- Ríndase, todo ha terminado...

Todo. Todo había terminado, Su obra máxima, su amor por el fino arte no había servido para nada. Nunca su preciada afición tendría un verdadero exponente, nadie representaría la muerte como él ¡Nadie!, algo no había terminado, había sido interrumpido. Aunque fue invisible para los robustos hombres que fuera del cuarto esperaban, una lágrima fría escapo de su ojo derecho, acompañada de furia y frustración.

Notó su falta de calma, la pérdida de la cordura. No. No todo estaba perdido. Sabía que le llenarían de balas si se movía bruscamente, así que se limito a sonreír...

Una sonrisa inmensa y macabra que aterro a todos. Su rostro brilló con demencia. La aberrante sonrisa, una roja y vidriosa mirada fruncida, la respiración agitada y animal, y un discorde temblor distraían, mientras con un ágil movimiento la mano derecha de El Verdugo se desvaneció en el aire. Los guardias no tuvieron tiempo de reaccionar. La palma terminó apareciendo roja de sangre empuñando aún el gran cuchillo también manchado por la sangre caliente que manaba del estómago donde había sido incrustado. Él continuaba sonriendo.

Cayó desplomado en el charco de su sangre y la de sus víctimas, con la sonrisa perpetua, logrando su magno propósito. Había logrado robar trescientas vidas, había logrado terminar trescientas obras maestras. Finalmente era... Fue el mayor, el mejor asesino.

Eduardo